

FM 9353

# EL DOS DE MAYO

---

MANIFESTACIÓN  
DE LOS ACONTECIMIENTOS  
DEL  
PARQUE DE ARTILLERÍA DE MADRID

ESCRITA POR  
DON RAFAEL DE ARANGO

Teniente y ayudante del Real Cuerpo de Artillería,  
en aquella jornada,  
y coronel de Caballería destinado en la isla de Cuba, su patria.

---

Impresa en el año de 1837 y reimpressa en Madrid el 2 de Mayo de 1853.

---

MADRID  
IMP. HIJOS DE J. A. GARCÍA  
Campomanes, 6.  
1908







# EL DOS DE MAYO

---

3.500 -  
199132  
FM 4353

## MANIFESTACIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS DEL

PARQUE DE ARTILLERÍA DE MADRID

ESCRITA POR

DON RAFAEL DE ARANGO

Teniente y ayudante del Real Cuerpo de Artillería,  
en aquella jornada,  
y coronel de Caballería destinado en la isla de Cuba, su patria.

---

Impresa en el año de 1837 y reimpressa en Madrid el 2 de Mayo de 1853.

---

MADRID  
IMP. HIJOS DE J. A. GARCÍA  
Campomanes, 6.  
1908







En los momentos en que España entera conmemora el centenario del glorioso día 2 de Mayo de 1808, creo cumplir con un doble deber, para con el público y para con mi familia, haciendo reimprimir esta curiosa «Manifestación de los acontecimientos del Parque de Artillería de Madrid, escrita por D. Rafael de Arango».

Para con el público, porque considero de un interés general el salvar del olvido á que forzosamente estaba condenada (teniendo en cuenta la rareza y escasez de los ejemplares que quedan de las dos anteriores ediciones) una relación de aquellos sucesos que creo la *única* escrita por un testigo presencial y que tan directa participación tuvo en ellos.

Para con mi familia, por tratarse de persona tan íntimamente ligado á ella por vínculos de parentesco como lo es su autor.

Fué, en efecto, D. Rafael Arango y del Castillo hermano de doña Manuela de Arango y del Castillo, bisabuela ésta de mi mujer doña Blanca Carrillo de Albornoz, Marquesa de Casa Torres.

Por mi parte me cabe la satisfacción de contribuir en lo que puedo á enaltecer la poco conocida memoria de este pundonoroso militar y de presentar ante los ojos de mis hijos como ejemplo la patriótica conducta de su valiente antecesor.

Madrid 2 de Mayo de 1908.

EL MARQUÉS DE CASA TORRES.







# EL DOS DE MAYO DE 1808

---

## MANIFESTACIÓN

### DE LOS ACONTECIMIENTOS DEL PARQUE DE ARTILLERÍA

EN AQUELLA ETERNA JORNADA

por

EL CORONEL D. RAFAEL DE ARANGO

---

La memorable defensa del Parque de Artillería en Madrid el día 2 de Mayo de 1808, la defensa de un Parque de nombre, pues que sólo era una casa particular, descubierta y presentada á tres calles por donde fué vigorosamente acometida, la defensa obstinadísima que sustentaron no más que 22 artilleros entre oficiales, sargentos, cabos y soldados, y unos 80 paisanos, contra numerosos cuerpos de franceses aguerridos que atacaban sucesivamente; la defensa en que después de agotados todos los recursos del valor, no se rindieron sino á la muerte los dos hombres extraordinarios que allí fueron á buscarla reflexivamente, para no sobrevivir el cautiverio de su Rey, esta defensa es lo principal que me propongo manifestar ahora.

Pero antes de empezar mi relación, es oportuno decir brevemente cuáles son mis títulos para escribir sobre esto, por qué no lo hice en otros tiempos y qué motivos me han estimulado hoy hasta hacerme prescindir del embarazo de haber de hablar de sí mismo.

En Agosto de 1807 me había embarcado para la Habana, mi destino, en clase de teniente del real Cuerpo de artillería; en su travesía me hicieron prisionero los ingleses; canjeáronme para la Coruña en Septiembre, y á principios de 1808 llegó á Madrid mi hermano mayor el intendente honorario de ejército D. José de Arango, que obtuvo real licencia para llevarme á su lado para regresar á mi referido destino y nuestra Patria. Llegué á la capital el día 1.º de Abril, y aunque pude como transeunte excusarme de ser empleado allí, no lo hice, porque ya barruntábamos la ocasión de acreditarnos los españoles, y á la primera insinua-



ción que me hizo el comandante de artillería D. José Navarro Falcón, admití el encargo de ayudante. Estos fueron los pasos que me condujeron al honor de haber sido testigo de uno de los heroicos hechos de Madrid el 2 de Mayo, cual fué la defensa del Parque; relación que puedo hacerla circunstanciada, porque fui el primero que entré en él, y el último que salí, y porque no he podido olvidar mi día más interesante; así por la noble, la justa causa que me empené, como porque en él recibí las lecciones de DAOIZ y de VELARDE, impresas con su ejemplo en mi corazón, y esmaltadas en mi ropa con la sangre del primero. Será imparcial también mi relación, lo que no se dudará en vista de mi desinterés probado con mi silencio hasta ahora, puesto que si no lo hice en tiempo, ni para dar el parte debido á mi jefe, porque apenas pude hacer algunos apuntes en la forzosa sucesión de mis emigraciones (1), tampoco lo intenté después; porque temí se me atribuyera á anhelo de ameritarme en lo que hice por deber como soldado fiel de Fernando VII, y por voluntad como español, y ni siquiera cedí á las sugerencias de mi amor propio, aunque fuera muy disculpable la ambición de ensalzarme presentándome como compañero de aquellos varones ilustres.

Y todavía continuara el sacrificio de mi interés á mi delicadeza; pero no debo sepultar en ella el mismo noble propósito del capitán de artillería D. Ramón de Salas, autor del *Memorial histórico de la artillería española*, que supongo ser el de manifestar con hechos la importancia y la excelencia del Cuerpo, y como he visto que olvidó á los oficiales que estuvimos en el cuartel, cuando nombra á los de un Cuerpo extraño, podrá decirse que si la artillería pudo ostentar la peregrinidad de dos héroes en una acción parcial, debe lamentarse del imperdonable olvido de otros oficiales. Además hay en el capítulo 10 del *Memorial* inexactitudes y faltas de circunstancias que hasta ponen trocada la primacía entre los dos campeones, lo que prueba que el autor no tuvo datos seguros; porque el *expediente oficial* á que se refiere en su pág. 259 no se compuso de partes oficiales, que no pudo haberlos, supuesto que mis compañeros tuvieron que escapar como yo, y sobre seguro falta mi parte que hube de dar como ayudante. Y con estos fundamentos me ha parecido preciso detallar todo lo que sucedió á mi vista en aquel teatro de gloria y desventura; protestando, que muy lejos de proponerme hacer la crítica del *Memorial histórico*, me ceñiré á la sencilla relación de los sucesos, sin

(1) Véase la nota al fin.



analizar los suyos, sin cotejarlos con los míos, y sin otra mira que la de que el autor enriquezca de verdades su libro interesante, si acaso volviere á escribir conforme á estas palabras de su prólogo: «Trabajando yo después del año de 1828 en corregir y mejorar lo mucho que necesita el prontuario de artillería que publiqué aquel año con el fin de dar una segunda edición más completa de él, se me fueron viniendo á la mano una porción de noticias históricas, que no teniendo allí su oportuna colocación, eran sin embargo dignas de conservarse, y esto me sugirió la idea del *Memorial histórico*.» Yo me tendría por muy dichoso y útil si lograra que excitada nuevamente la pluma de D. Ramón de Salas, hermosease los hechos que voy á referir.

Habían transcurrido muchos días del mes de Abril, en los cuales, con más ó menos accidentes, la lealtad española fué como aquilatándose, y más indignándose á medida que intentaban minarla con pérfidas maniobras los agentes de Napoleón. Así apareció el muy borrascoso día 1.º de Mayo, que fué el preludio del *Dos eterno*. Al amanecer de esa víspera, los franceses habían repartido un folleto impreso en la casa misma de Murat, con el título de «Carta de un oficial retirado en Toledo», que trataba de persuadir á los españoles, la «conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastía de los ya gastados Borbones por la nueva de los Napoleones, muy enérgicos». Este paso dado para preparar la opinión del pueblo á que recibiera con menos convulsiones la salida de las Personas Reales, fraguada para el día siguiente, les produjo un efecto del todo contrario; pues la caída del rayo en un almacén de pólvora no hubiese producido inflamación más rápida que la que encendió en los pechos españoles la sacrílega proposición del cambio de dinastía. No es mi designio contar las ocurrencias de aquel día, mayores ó menores, comparadas entre sí, pero todas grandes si se las viera aisladas.

Propóngome solamente dar alguna reseña de la disposición de los ánimos; y para esto bastaría añadir á lo dicho el desafío que en la fonda de Genieys hubo de tres oficiales españoles, de los que uno fué D. Luis DAOIZ, contra igual número de oficiales franceses; desafío que no se efectuó en el acto, porque personas prudentes llamadas para padrinos lo aplazaron, persuadiendo á unos y otros que no debían con una riña particular añadir leña á la hoguera que estaba ardiendo; y diríase que por esta mediación discretísima lo que se aplazó fué la inmortalidad de DAOIZ en más legítimo, más duradero y más reproducido combate. Se pasó el resto de aquella tarde haciendo nuestro deslumbrado Gobierno



los mayores esfuerzos, no sólo para calmar la efervescencia de la población, sino para inspirar la mayor confianza en sus *huéspedes*, que todavía se daba este nombre á las vibras que en nuestro seno pasaron toda la noche preparando la sorpresa más infame con que empezaron ese día Dos de Mayo.

Eran las siete de la mañana cuando mi hermano, que me trataba como á un hijo, pues yo tenía entonces veinte años de edad, viéndome salir apresurado quiso detenerme para almorzar, y le advertí que iba temprano á tomar la orden, porque me prometía un día terrible, según las prevenciones que en el anterior me habían hecho los jefes.—*Adiós*, me dijo con la voz anudada, y «acuérdate siempre que hemos nacido españoles».—Fuime á casa del gobernador, cuya orden general se redujo á «hacer retirar las tropas á sus cuarteles, y no permitirles juntarse con el paisanaje». De seguida fui á ver á mi comandante, y lo encontré en la calle Ancha de San Bernardo, donde me dió escrita una orden semejante á la del gobernador, y de palabra la «de que inmediatamente me fuese al cuartel, porque ya estaban á la puerta de él muchos paisanos con la pretensión de que se les armase, á los cuales debía yo disuadir de su arrojo por cuantos medios suaves me dictara la prudencia»; es de advertir que desde algunos días antes, una compañía del tren de artillería de los franceses estaba allí acuartelada.

Partí con la presteza que exigían las circunstancias, y llegué al Parque antes de las ocho y media. Efectivamente, hallé una pequeña reunión de paisanos, que al reconocermel oficial de artillería me vitoreaban, como para estimularme al auxilio del despedido enojo con que venían de ver, sin haber podido estorbar, la salida de S. M. la Reina de Etruria, viuda, y de S. A. el Infante D. Francisco de Paula. ¡Qué denuedo el de aquellos hombres! Mejor dicho. ¡Qué fiereza!... Porque la rabia de una leona á quien arrebataron sus cachorros, es la comparación única del furor de los madrileños, cuando sobre el cautiverio de su Fernando; recién aclamado, vieron comenzar en aquella salida la infanda permuta de su dinastía. Mi posición en este punto era tanto más difícil, cuanto que hallé á los franceses, que eran de 60 á 70, con las armas presentadas y preparadas, que sólo esperaban la voz del oficial para descargarlas sobre el grupo inerme de algunos 60 paisanos (1), y con todo eso,

(1) Nótese que siempre es á ojo más ó menos exacto el número que daré de hombres, pues no eran de contarse en aquellos apuros, y lo mismo será de las horas.



aquellos pocos valientes enfurecidos no cesaban de repetirme vítores alternados con insultos y amenazas á los *gabachos*, como los llamaban. En tal aprieto me acerqué al que hacía de comandante francés, le hice ver la mengua de atacar á unos miserables desarmados y la responsabilidad en que él se pondría con su Gobierno si no se revestía de la discreción necesaria para calmar los ánimos, que era la instrucción que yo sabía habérsele dado. También le supuse que la tranquilidad se había restablecido en el centro de la población, y en tal caso no debía inquietarse por las vociferaciones de aquellos pocos. Logré con esto inspirarle alguna confianza y salvar por el momento aquellos preciosos españoles.

Algo sosegado yo por esta parte, me fui á lo interior á pasar lista á mi tropa, que sólo constaba de 16 entre sargentos, cabos y artilleros; número que me desconsoló mucho. Les previne la moderación que habían de guardar conforme á las instrucciones que yo había recibido y más conforme á nuestra debilidad.

Esto efectuado, volví hacia la puerta principal, y la hallé cerrada por disposición del capitán francés, que no se aquietaba con toda la superioridad en que estaba situado, y aquí fué donde parecieron desencadenadas todas las furias, intentando romper la puerta por afuera con piedras y palos al son de furibundos gritos de sangre y muerte.

Al mismo tiempo, y como por encanto, descubrí á un alférez de navío en el patio, que no vi por donde entró. Era un entusiasta de rancio españolismo, que me saludó excitándome á que armara al paisanaje, *porque habiendo* (fueron sus palabras) «tocado los franceses á degüello, era preciso decidirse á morir matando». Todavía me parece sentir las espinas de mi corazón en este paso. Solo y aislado en aquel recinto de honor, contrastado mi juicio con unas órdenes contrarias á mis sentimientos, observado por una fuerza enemiga dentro de casa, oprimido por mi responsabilidad, que me la abultaba, no sólo mi juventud inexperta, sino lo complicado y nuevo del lance y sin haber recibido más noticias que las de aquel marino tan exaltado. ¿Qué partido había yo de tomar? No me ocurrió otro que el de meterme cautelosamente en la sala de armas con un cabo y tres artilleros para poner piedras á los fusiles, ocuparme en otros preparativos y encargar al animoso alférez de navío que, saliendo por una puerta falsa, fuese de mi parte á decir á mi comandante, que no vivía lejos, el estado en que nos hallábamos. El admitió la comisión, prometiéndose volver sin demora con instrucciones favorables, con su tema



de morir matando; y así hubo de sucederle en el tránsito, pues no volvió, y nunca pude averiguar su paradero, ni su nombre digno de lugar en la lista de los próceres del valor y del patriotismo.

Su tardanza me causó ansiedad mayor en el riesgo de que los franceses recelaran mi clandestino manejo, sin embargo de que yo había prevenido á los otros artilleros que estuviesen siempre á la vista de los enemigos; y no pudiendo sujetar más mi expectación, recomendé á mi gente que continuase la faena, y bajé al patio sin más fin que el de desahogar mi inquietud creciente por más de una prolija hora, en que estuve haciendo de cabeza, no teniéndola yo proporcionable con aquel cuerpo engrosado de las más altas indicaciones militares y políticas, y en que siempre contando mi poca gente pulsaba la debilidad de fuerzas para entregarme á los ímpetus nacionales que bullían en mi pecho. No; yo no podré hosquejar siquiera el bálsamo consolador en que se bañó mi corazón, viendo á los pocos minutos entrar un capitán de artillería solo; pero era el gran DAOIZ, que me saludó preguntándome: *¿qué tenemos por aquí?* No había yo acabado de instruirle, y nos interrumpió la llegada sucesiva de dos capitanes: VELARDE y Cónsul; y dos subtenientes: Carpeña, y otro que era de compañía fija, cuyo nombre no recuerdo; pero sí tengo muy presente que por el modo de abocarse estos oficiales de artillería, particularmente DAOIZ y VELARDE, me pareció no haber sido ésta su primera entrevista del día. Entró también un capitán de granaderos del Estado con tres subalternos (de lo que debido es nombrar á D. Jacinto Ruiz) y unos 40 soldados; sin que yo pueda fijarme ahora en los que llegaron antes ó después. Baste decir que entraron sucesivamente con cortas intermisiones por un postigo de la puerta principal, que por su mano entreabría un oficial francés para reconocer á las personas, y volvía á cerrar con las precauciones de los temores que se les aumentaban por momentos. Bien sabía yo que DAOIZ en aquel acto era el jefe del puesto, porque me era conocida su clase y antigüedad; pero aun si las ignorase, él me habría hecho sentir aquella superioridad que se pinta en la posesión del ánimo, en el fuego de los ojos, en el tono de una voz varonil y en el porte de su persona, que aunque de pequeña estatura, se paseaba allí con tal gallardía, que representaba un gigante. Acerquéme á él para acabar de participarle todos los acaecimientos, y sin responderme nada y con semblante pensativo se dirigió á la escalera de la sala de armas. Mientras subíamos le noticié la operación en que dejé al cabo y á los tres artille-



ros, á lo que me respondió sonriéndose: «Ello es un contrabando, pero al fin hay eso adelantado.» Sacó entonces de su bolsillo la misma orden escrita que yo había recibido de nuestro comandante, y me preguntó: «¿Qué quiere usted que hagamos?» Me dió golpe esta perplejidad, á la que respondí «que yo estaba á sus órdenes»; pero después que oí á VELARDE y á los otros oficiales del Cuerpo explicarse en el mismo incierto sentido, reflexioné que la pregunta de DAOIZ á mí había sido la expresión de la batalla de su espíritu acosado por la gran responsabilidad que pesaba sobre sí, y como encogido por los pocos medios para empeñar una resolución extremada, que en lucha tan desigual aventurase á un pueblo noble á sufrir las horribles venganzas de un enemigo tan fuerte como implacable. No debían de ser menos las sensatas fluctuaciones en que él mismo se embargaba; y era tanto más admirable su reposada cordura, cuanto que el día anterior había procedido como joven acalorado, precipitándose á un desafío, pero en que arriesgaba su persona sola. Así fué que no suspendió sus reflexiones la llegada de un jefe de los de la plaza, diciéndole «que el Gobierno había dispuesto armar al pueblo»; pues volviéndose á nosotros, nos dijo: «Este hombre es cuando menos un aturdido, bullicioso y nada valiente, á quien no se debe creer»; lo que vimos comprobado en el suceso, porque se mantuvo siempre agazapado, y posteriormente recibimos, como notaré en su lugar, otra embajada del Gobierno que desmentía la de este jefe.

Y DAOIZ, cuya voluntad no más era obedecida en el Parque de Artillería; DAOIZ, que en aquella hora ya no rindiera su obediencia sino á Fernando VII tan sólo; DAOIZ, que habría sido menos grande si no hubiera con su meditación sublimado su valor, se quedó todavía como irresoluto, paseándose por el patio en recogimiento absorto, en que parecía tantear los destinos de la España encerrados en el primer cañón que se disparara contra el coloso que tenía sojuzgada toda la Europa. Entretanto, los oficiales, pendientes de sus labios, le contemplábamos y admirábamos; el pueblo desde afuera no cesaba de repetir vítores al Rey y á la artillería, pidiendo armas con estruendo; y he aquí, decirse puede, que se nos apareció en acción el héroe; pues si como de aquel nubarrón de vivas desprendida una chispa eléctrica abrasase el corazón de DAOIZ, desenvainó el sable, mandó franquear la sala de armas y abrir la puerta del cuartel, dirigiéndose él mismo á ella, de donde jamás se había separado la tropa francesa en la antedicha amenazante actitud. Entró el pueblo como un turbión y sin cau-





sar ni leve daño á los franceses, porque no se defendieron, les arrebató los sables y fusiles. Los que no alcanzaron parte del despojo fueron á proveerse en la sala de armas, siendo de notar que el mayor número de ellos, no sabiendo usar las de fuego preferían las blancas, y á falta de sables tomaban las bayonetas de los fusiles, arrojando éstos al suelo como inútiles. En el mismo tropel en que entraron los paisanos, volvieron á salir, sin que bastaran los mayores esfuerzos y aun ruegos de VELARDE para detenerlos, con la mira de ordenarlos y dirigirlos del mejor modo posible. ¡Perdido afán! Consiguió solamente la detención de unos 80 más ó menos, y eso cerrando la puerta. No obstante ese cortísimo número, era de ver á VELARDE cómo los organizaba y distribuía con tal actividad, que á manera de relámpago parecía presente en todos los puntos. El destacamento francés desarmado se colocó en un rincón del patio en que se creyó seguro, bajo la protección de la compañía del Estado, que se mantuvo inmóvil sin disparar un tiro en todo el día, muy á pesar de sus oficiales y soldados; pero debo decir en justicia que si el capitán cumplió cabalmente la orden de no «unirse á los paisanos», tampoco los contrarió de ningún modo.

Durante la entrada del paisanaje, DAOIZ me había dado la orden de colocar cuatro piezas abocadas á la puerta, y ya listas avisaron unos paisanos que estaban en los balcones, que por la calle de Fuencarral venía un batallón hacia el cuartel. La primera voz de DAOIZ fué la de guardar silencio; VELARDE, acompañado de un subalterno, subió á observar los movimientos de aquella tropa, avisó que eran tan hostiles que ya sobre la puerta se disponían los gastadores á forzarla; y DAOIZ mandó hacer fuego, que produjo tres tiros de cañón, y algunos de fusil que desde los balcones hizo disparar VELARDE. Ya se ve el profundo silencio transformado en trueno repentino, la puerta cerrada, por cuyas horadaciones les llegaba la muerte, los balcones guarnecidos de fusiles que parecían más por una buena distribución, todo esto causó tal sorpresa al batallón, que no fué necesario más para ponerse en fuga desordenada... «Victoria por nosotros,» gritaron los paisanos, «que ya van de huida»; y DAOIZ en el momento hizo abrir la puerta y colocar afuera un cañón, mirando á la calle enfrente á la puerta del cuartel (1), y otros dos en direcciones opuestas,

---

(1) De San Pedro, hoy del Dos de Mayo.



avistando el uno á la calle de San Bernardo y el otro á la de Fuencarral (1).

A poco rato se observó por la calle de San Bernardo que se reunían los enemigos, y se trabó la pelea como por una hora con más ó menos tésón, según que el grueso de los franceses se distraía, queriendo hacernos diversión con varios destacamentos por las otras calles; y por último se retiraron escarmentados. En estos tiroteos reconocimos el perdido uso que los paisanos hacían de las bocas de fuego por no saber manejarlas, pues entre otras cosas sucedió que un desgraciado, para dar más alcance á su pistola, hubo de cargarla, según nos dijeron, *hasta la boca*, la apoyó en su mejilla derecha para hacer mejor puntería, y en su retroceso la misma pistola disparada le voló la tapa de los sesos. En esta ocasión fué también que el muy valeroso Ruiz, teniente de granaderos del Estado, se separó de su tropa inmóvil, se presentó gallardamente fuera de la puerta; y allí, después de haber dado muestras de un oficial valiente, resultó herido en el brazo izquierdo de una bala de fusil; cuyo fatal accidente hizo resplandecer su bizarria, porque no cesó de dar las voces de *fuego, artilleros*, hasta que ya desmayado, porque el propio encendimiento de su sangre hacia más copioso el derrame, lo cargaron unos paisanos y lo llevaron adentro. Igualmente quedaron fuera de combate un cabo y cinco artilleros, todos heridos de bala de fusil ó de metralla, de cuya munición carecíamos enteramente, porque no estaba allí el guardaalmacén. Tal fué la pérdida que tuvimos en esta refriega, la primera en que resistimos á pecho descubierto. Los paisanos no tuvieron ni un herido, porque no tenían necesidad de exponerse, pudiendo disparar sus tiros perfectamente cubiertos de los del enemigo. Pero notamos alguna baja de ellos; y quiero atribuirlo á la novelería con que iban por las calles á pregonar proezas, porque ninguno había dado ni leve señal de miedo.

No duró mucho la suspensión de hostilidades, porque á los pocos minutos marchaban ya los enemigos hacia nosotros (2); y DAOIZ mandó romper el fuego contra un batallón, que con su comandante á la cabeza avanzaba á paso redoblado, y aunque los estragos que le causaba nuestra artillería eran proporcionados al orden de columna cerrada en que atacaba, seguía en su impetuosa marcha, sin hacer caso de sus pérdidas; abriansenle boquerones en aquella

(1) En la calle entonces de San José, hoy de Daoiz y Velarde.

(2) Por la calle de Daoiz y Velarde



masa compacta, y como por aluvión se rellenaba y consolida. Sin oírseles otra palabra que su pertinaz *en avant*, ya el intrépido comandante alargaba, por decirlo así, la mano para coger el fruto de su valentía, y se le escondió, convirtiéndosele en ruina, por una ocurrencia que parecía dispuesta en su favor. ¡Prodigiosos suelen ser los resultados de la audacia y de la temeridad! Así voy á presentar el cuadro de unos 70 defensores que éramos entre militares y paisanos, en la calle, á pie firme, sin parapeto, sin unazanja y atacados por un batallón tan osado como aguerrido, que llegó, como era forzoso, casi á apoderarse de nuestro puesto, y que de repente se le cambia el triunfo en una total derrota, en que sufrió pérdidas increíbles de muertos, heridos y prisioneros.

Fué el caso que en aquellos críticos momentos se dividió por la calle del frente de la puerta (1) un capitán de granaderos del Estado, que á toda carrera venía flameando un pañuelo blanco. Suspendióse el fuego á la voz de DAOIZ, y corrió VELARDE á la calle del ataque para proponer al comandante francés que se detuviera, y si no volvería á romper el fuego. Este mandó hacer alto á su batallón, y para dar una señal de seguridad y confianza, mandó poner los fusiles culatas arriba, y él con tres ó cuatro oficiales se adelantaron como para entrar en explicaciones. Jadeando y casi sin poder hablar, llegó por fin el capitán y dijo á DAOIZ: «que era enviado por nuestro Gobierno para hacerle sentir la indignación con que había sabido la locura con que estaba precipitando al pueblo y exponiéndolo á las consecuencias más desastrosas...» No sé si tendría más que decir el plenipotenciario de un Gobierno cautivado, ni cuál hubiera sido la respuesta de DAOIZ; porque nadie pudo hablar más, interrumpiendo y pasmando á todos uno de los valentísimos que nos acompañaban en traje de *chispero*, que dió tal empujón á uno de los oficiales franceses que se adelantaron más para oír la embajada, que lo derribó de espaldas y gritó al mismo tiempo ¡viva Fernando VII!, añadiendo por interjección cierta palabra condenada á no ser escrita. Estaba en aquel instante mismo con la mecha en la mano un artillero, y sin que nadie se lo mandase, y quizá sin saber él mismo lo que hacía en el arrobamiento en que hubo de ponerle aquella invocación, dió fuego á la pieza, que aunque cargada con bala rasa tuvo donde cebarse en aquel enjambre de franceses tan á quemarropa, que sobrecogidos se abandonaron al espanto de tal estrago, de

(1) Del Dos de Mayo.



modo que los de retaguardia se dispersaron y huyeron precipitadamente, y los de la cabeza que no cayeron imploraron clemencia, rindiendo ó arrojando las armas. Estos, que fueron muchos, quedaron como prisioneros, que se juntaron con los otros. También retuvimos en nuestro poder al comandante y algunos oficiales, á quienes por disposición de DAOIZ, que estaba en todo, se trató con el posible decoro. Entre nosotros hubo algunos heridos.

Esta inesperada victoria, que parecía arrebatada por la virtud sola del nombre de Fernando VII, bien pudiera persuadirnos que habíamos, no solamente llegado á la cima de la gloria, sino que en ella descansáramos ya de nuestras fatigas incesantes. Y no parecía descabellada esta esperanza que se fundaba en el destacamento desarmado, en los dos batallones derrotados y en los franceses dispersos que ya se presentaban á tomar nuestro partido, entre los cuales un sargento de artillería que se entendió conmigo. Pero estas mismas prodigiosas circunstancias que se habían acumulado sobre aquella casa indefendible, que, repito, no era tal parque, y los nombres de DAOIZ y de VELARDE, que ya hermanados como por presagio de su próximo vuelo á la inmortalidad resonaban por todas partes, fueron la causa de que Murat mirase aquel punto como el de más entidad de la villa heroicamente levantada, y dispuso atacarlo con una columna de unos 2.000 hombres á las órdenes de un general.

Los paisanos, que á todo riesgo correteaban para llevarnos noticias, anticiparon las de tan excesivo apresto; y en esta coyuntura se deseaba saber: ¿cuántos y cuáles eran ya los sitiados? ¿Qué pensaban? ¿Qué se prometían?—Eran DAOIZ y VELARDE, que entonces se dijeron algunas palabras, de las cuales no percibí más que los ademanes del ardimiento, con que después no parecieron graduados más que de bravos combatientes; que por lo mismo que palpaban la insuficiencia de sus recursos, se mostraban más poseídos del heroísmo con que se precipitaban, ya fuese para recabar de la fortuna los portentos con que ha solido coronar á la audacia, ya fuese para no ser testigos de la dependencia de su Nación. Eran mis otros tres compañeros, que estaban en la expedición del nuevo tremendo ataque, los mismos que estuvieron siempre firmes y elevados á la altura, no fácil de cumplidos subalternos de aquellos capitanes, era yo haciendo mi papel de ayudante. Eran 10 entre sargentos, cabos y soldados de artillería que se portaban como por honor y patriotismo. Eran los poquísimos paisanos restantes harto acreditados de buenos españoles. Tales



eran los elementos de que se componían unos 50 ó 60 pechos descubiertos y fatigados que esperábamos el asalto de 1.500 veteranos, frescos y provistos de todas armas y municiones. Preciso es ser españoles para ser tan tenaces en no torcerse cuando marchan á la gloria.

Entraba ya la columna por la calle Ancha de San Bernardo, y tan luego como la avistó DAOIZ mandó romper el fuego, que se repitió con toda la actividad del coraje que se renueva en el mayor peligro. El enemigo, sin disparar un tiro, marchaba con celeridad tan sostenida que no daba muestras de sentir el encuentro de nuestras balas, bien que graneadas escasamente por la disminución de nuestros tiradores. Reproducíase así el ardor y el tesón de una y otra parte, y así la columna se lanzó hasta 10 ó 12 pasos de nosotros, sin dejarnos más resuello que para pocas descargas, de las cuales la última destrozó el caballo del general. No habíamos quedado ileso al pie de los cañones más que unos 30 entre oficiales, sargentos, cabos y soldados de artillería y paisanos; no podíamos hacer ya nada, y nos arrollaron hacia adentro de los enemigos, tan encima de nosotros, que no bien estábamos en la puerta, vimos que la primera subdivisión de la columna se había echado los fusiles á la cara. Tal vez nos hubieran barrido á todos, hasta á los prisioneros franceses, si no se hubiera aparecido el Marqués de San Simón, que revestido de todas sus insignias militares se metió por debajo de los fusiles y los hizo levantar con su voz y su bastón. Mas no pudo evitar que saliesen algunos tiros, de los que uno hirió... á ¡VELARDE!... en el centro de su gran corazón... Cayó súbitamente; pero fué aún más súbita la feroz rapina de la soldadesca triunfante, pues por pronto que acudimos, ¡oh dolor!, hallamos despojado y desnudo aquel cuerpo que había sido feliz y precioso depósito de valor heroico y de mucho saber, y que vino á parar... ¡en ser envuelto en el lienzo de una tienda de campaña para llevarlo á su casa!...

Al mismo tiempo de este lamentable suceso, porque todo pasaba con la rápida, la instantánea movilidad del encarnizamiento, el general francés reconvino á speramente á DAOIZ, que fué lo mismo que excitar y provocar la cólera del león. Tal pareció el ceñudo español, que aún tenía empuñado su sable, sin duda con el propósito de que victorioso ó muerto no más volviese á la vaina; y respondió acometiendo al general, que nada caballero y magnánimo no se contentó con parar el golpe, sino que permitió que cinco ó seis de sus oficiales y soldados acribillaran á



estocadas y bayonetazos á su nobilísimo adversario. De este modo villano fué como lograron los franceses teñir sus aceros con la sangre del más *valiente* de los *valientes* que pelearon en aquel día por la más justa de las causas, por fortuna su cuerpo no fué profanado; todavía respiraba cuando llegamos á socorrerle; lo cargamos y conducimos á un cuarto inmediato á la puerta, y teniéndolo yo recostado sobre mi pecho corrió su sangre espiritosa por mi vestido. Su aspecto allí era el de un héroe moribundo, á quien no solamente rodeaban nuestros suspiros, nuestra admiración, nuestro respeto, sino que algunos de los franceses con recogimiento sentimental se acercaron á contemplarle y ofrecer sus servicios, con tal solicitud, que uno de los cirujanos, posponiendo sus propios heridos, se ocupó en curar á DAOIZ, y hasta mandó á la botica por una bebida, que le hizo tomar á cucharadas. Todo fué infructuoso. El alma del hombre del DOS DE MAYO se desenredaba ya de su envoltura terrenal; la amarillez sombría de la efusión de sangre había reemplazado al color de su brío, nunca amortiguado en los peligros; movía poquísimo y sin muestra de congoja aquellos miembros muy ágiles en el combate; de cuando en cuando abría enteros los ojos... ¡únicos enjutos en aquella luctuosa escena!... En tal extremidad lo llevaron á su casa, donde exhaló el último aliento de su perseverancia en la lealtad española.

No con todo esto cesaron nuestros sufrimientos, porque en el punto mismo de hallarnos los oficiales de artillería con los pechos llagados de las heridas de nuestro inimitable caudillo, comenzaron los franceses á insultarnos con amenazas, á las que el capitán Cónsul, como el más caracterizado, les respondió señalándoles en el suelo la sangre de DAOIZ: «Esa era del jefe que nos ha guiado.» Esta salida, que debiera desarmar á todo hombre de razón, no pareció producir buen efecto en unos vencedores que, enconados por los sacrificios inmensos que les había costado la victoria, ha principiado el más ruin abuso que se hace de ella, el de acibarar más la suerte de los vencidos. Pero tuvimos la fortuna que aquel jefe de batallón que quedó en nuestro poder, aquel francés singular, tan generoso como valiente, no sólo calmó la ira de sus compañeros, sino que nos consoló diciéndoles «que él había sentido la desgracia de DAOIZ como la de un hermano, porque en cuantas acciones se había hallado no vió mayor denuedo».

En esta sazón los lamentos de los artilleros heridos le llamaban. Fui á socorrerlos, y un cabo fué el primero que vi. Hallábase tendido en el suelo en medio de un lodoso re-



guero de su sangre, que aún manaba de la herida cruel que le atravesó una ingle; y cubierto de la palidez precursora de su muerte muy cercana, con voz entera me dijo: «Acuda usted, mi teniente, á quien pueda tener remedio, pues no soy el que me he quejado ni llamado; yo no llamo más que á la muerte, que espero conforme, porque muero por mi Rey y porque muero en mi oficio.» Muy poco sobrevivió á estas palabras; que oyó mi corazón en una de aquellas conmociones que se reproducen con todo efecto cada vez que se hace memoria de ellas; como ahora me sucede estar oyendo á ese impertérito cabo de artillería, doliéndome de no poder consagrar su nombre, no menos interesante que el de cualquiera de los 300 espartanos; pues no es dudable que si la puerta de aquella casa la defendieran 300 como este cabo, los franceses no hubieran pasado en el día aquellas termópilas que les representó la constancia de los españoles.

Varios generales; el comandante de artillería y algunos jefes y oficiales de la plaza llegaron al cuartel, y sucesivamente fueron desapareciendo. La compañía de granaderos de Estado se retiró lisa y llanamente. Mi comandante se fué también con todos sus oficiales, sin dar otra disposición sino la de «que me quedara allí para la conducción de heridos y cuanto más pudiera ofrecerse». No me quejaré de la improvisación de mi comandante en dejarme entregado á la muy encendida venganza de unos enemigos que me habían visto con mi espada desnuda contra ellos, porque tal vez se propondría hacerme honor con esta comisión, ó en el estupor que hubo de causarle la catástrofe que vió consumada sin pasar por las graduaciones que nos familiarizan con los desastres, no previó cuánto más prudente hubiera sido comisionar á uno de los oficiales que le acompañaban sin haberse hallado en la acción. Y nada, empero, representé; porque permítaseme el desahogo, yo no era capaz, ni de eludir la subordinación militar más arriesgada, sino cuando me llamara la voz más exigente de ciega obediencia, la imperiosa voz de la independencia y del honor, hartos comprometidos en el cautiverio del Rey, en la salida de las Personas Reales y en la traidora ocupación de nuestras plazas fronterizas y de nuestra capital.

Ultimamente se retiró al grueso de la tropa francesa, dejando allí unos 500 hombres. Y volví á quedar solo como al principio, con la grave diferencia de que este segundo aislamiento en día tan desproporcionado á mis alcances juveniles fué un verdadero desamparo sobre un terreno ya cubierto de destrozos y de sangre, sin oír las vivificantes voces de DAOIZ y de VELARDE y sin más libertad que



la de un vencido. Un accidente sólo hubo para no colmar mi desventura, y fué que encargaron el mando de los 500 hombres á aquel mismo noble comandante de batallón que hicimos prisionero, quien, no obstante su descalabro, conservó tal reputación, que el general le confió aquel puesto de tanta mayor entidad, cuanto que en él estaba el depósito de armas y todos nuestros pertrechos. Su primera disposición fué la de requerir á un corto número de paisanos que se habían refugiado en una de las habitaciones interiores para que entregaran las navajas ú otras armas que tuvieran ocultas; pero ya aquellos desdichados se habían desprendido hasta de la esperanza de conservar una vida de mucho precio, como escapada entre los peligros á que se arrojaron por su Rey. Después me pidió municiones para dos piezas, de las que sirvieron en su daño, y le respondí que yo no tenía conocimiento de los repuestos ni de cosa alguna que no estuviese á la vista, porque eran muy pocos los días que había residido en Madrid con licencia. Por fin pude mandar los heridos al hospital, y volvieron los conductores, dándome la triste noticia de que en el tránsito había expirado un artillero, y los otros, que eran seis, quedaban desmayados, los más de ellos sin esperanzas de vida.

A todas estas, eran ya pasadas las seis de la tarde; y faltándome el alimento de la acción, pude sentir que estaba en ayunas después de una lucha física y moral de más de nueve horas; y como la orden de mi comandante estaba cumplida en lo esencial, y no era de permanencia, hube ya de pensar en mí para salir de un sitio, que se me había hecho muy ominoso de un sacrificio estéril en el patíbulo. Dirígeme entonces al comandante francés, que me trataba como subordinado suyo, y le dije que me permitiera dar una vuelta á mi casa, á lo que me contestó con absoluta negativa; pero tuve la felicidad de no alterarme, y le repliqué dulcemente, representando á su sensibilidad «la cruel incertidumbre en que estaría mi hermano mayor, que era el sustituto de nuestro padre ausente»; y accedió, pero con la condición de que volviera á su lado sin demora. Así lo prometí de palabra, que en mi intención estaba resuelto á no cumplirla; aunque asomaba á mi corazón cierto escrúpulo, aun de la necesidad de engañar á un hombre, que por ser enemigo no era menos apreciable por sus excelentes cualidades, y muy digno de mi reconocimiento por el candor con que me abrió la puerta de la salvación.

Así acabó en el Parque el día de revista doctrinal para



toda la Europa, que según predijo un habanero (1), en aquellos momentos «debía estimular el instinto del honor de las potencias amortiguadas por el terror pánico, ó por la admiración estúpida que Bonaparte les inspirara», así acabó el día en que la historia justiciera descubrirá el primer eslabón de la cadena que remachó en una roca el genio de las batallas; así acabó el día en que las naciones, penetradas de asombro, del asombro, pasando á los aplausos de los aplausos á la envidia y de la envidia á la imitación, tomaron por modelo el porfiadísimo combate que un puñado de artilleros y paisanos, sin municiones competentes, sin una zanja y sin estar cubiertos, ni con frágiles *bardas*, sostuvo á pie firme y pecho descubierto, arrostrándose, con todo un formidable ejército, que destacaba y engrosaba columnas de refresco á medida que eran derrotadas las que les precedían con asombrosas pérdidas en muertos, heridos prisioneros y extraviados. Maravilla que no se podrá militarmente explicar, ni de otra manera concebir, sino por la mágica influencia de dos capitanes de artillería encumbrados á toda la elevación de españoles indomables, y que además tuvieron la virtud, no sólo de infundir su energía defensiva á los que estuvieron á sus órdenes, sino la de producir tal pavor á los franceses, que los prisioneros, siendo tres veces más que sus vencedores, ni pensaron fugarse, porque estaban más atónitos que vencidos. Acabó así el día DOS DE MAYO, lo repito; no hubo capitulación, no hubo formas de rendición, no hubo más que haber caído una masa enormísima de asaltantes sobre los poquísimos que no fuimos inutilizados en las varias contiendas; se deshizo aquel conjunto de héroes, como se deshace y desmorona el muro, que después de haber represado muchas avenidas no pudo contener el desborde de un río caudaloso, pero cuyos escombros, desparramados por la Península, sirvieron de advertencia y de materia para robustecer los malecones con que en Menjíbar, Bailén, Zaragoza, Gerona y en todo el ámbito de la España refrenaron la irrupción de las huestes acostumbradas á triunfar de los Imperios más poderosos y de las más indómitas Naciones.

Estos han sido los hechos que presencié, cuya relación he concluido, sin que mi conciencia pueda inquietarse por leve alteración de la verdad, ni que se me tache de prolijidad, que debe ser muy grata al interés nacional. Sólo tengo la pena de conocer la insuficiencia de mi pluma,

---

(1) Manifiesto imparcial de los acontecimientos del DOS DE MAYO, escrito por mi hermano D. José de Arango.



porque no puede convertir la escasa animación marcial de que fué susceptible á las inspiraciones de DAOIZ y de VELARDE en la animación oratoria que me hiciera capaz de presentar tan grandes como fueron esos dos capitanes de la artillería española. Pero me consuelo observando ahora, que su elogio está ya cifrado en sus nombres, nombres que, tan acendrados como si hubieran corrido una larga posteridad, basta pronunciarlos para que en ellos parezcan producidas con bella simonía todas las palabras que expresen, y las ideas, y las acciones y los efectos del heroísmo.

#### NOTA

Por la narración hasta mi salida del cuartel queda probado que el día Dos no pude escribir el parte á mi jefe. Y tampoco fué posible el día 3, porque serían las ocho de la mañana cuando llegó á mi casa un amigo mío, con la horrible noticia de que en casi toda aquella pavorosa noche habían los franceses fusilado en el Prado á todos los españoles cogidos con armas ó sin ellas durante la acción y después que cesó; añadiendo que los oficiales de artillería del Parque debían ser juzgados, esto es, *fusilados*, por una comisión militar francesa; lo que no dudaba él, porque en su travesía encontró una partida de dragones franceses que llevaba atados tres soldados artilleros. Mi hermano, absorto con la idea de que si yo no hubiera salido del cuartel habríasido víctima en el Prado, resolvió sin demora que saliésemos disfrazados de paisanos á cerciorarnos del hecho. Fuímos á preguntarlo al Ministro de la Guerra D. Gonzalo O-Farrill, nuestro paisano, cuya respuesta fué decirnos con profunda tristeza: «Esos hombres son capaces de todo.» Seguimos á la casa de mi comandante para darle noticia de los tres artilleros, y profundizar más mi negocio; y con aquella su honradez característica me dijo «que lo ignoraba todo; pero que si él hubiera sido ayer el ayudante del Parque ya estaría fuera de Madrid». Con estos datos, mi hermano me dejó depositado en una casa de su confianza. A las tres horas volví, llevándome para disfraz el completo uniforme de alférez de Guardias españolas; y así vestido yo, fuimos á su cuartel, donde estaban reunidos muchos oficiales, entre quienes se hallaba de prevención el actual brigadier D. Gonzalo de Aróstegui, que fué el trazador del plan de mi evasiva. Salí á pie con un compañero de uniforme, primer teniente del batallón acantonado en Vicálvaro. ¡Cuántas cir-



cunstancias interesantísimas voy omitiendo para ceñirme al objeto de esta nota! Pero me es imposible no pregonar que el batallón pasó la noche como sobre la brecha, con la resolución de morir todos en ella si me persiguiesen los franceses. Yo sería el más insensible de los hombres si ahora y en todos los días de mi vida no recordara con reconocimiento afectuoso la protección que debí al Cuerpo, que siempre bizarro, sustentador del distintivo de *Guardias españolas*, ha dado tantas glorias á la Nación.

Al siguiente día, mi hermano, temeroso de los pasos resbaladizos de mi inexperiencia, llegó temprano á Vicálvaro, y después de pasar el mal trago de ser tratado, aunque momentáneamente, como espía, porque preguntó por *D. Rafael de Arango*, me llevó á Guadalajara, desde donde, habilitándome competentemente, me despachó á efectuar el concierto de nuestra patriótica venganza, que era buscar por la línea más corta algún puesto bloqueado por los ingleses, á quienes contase mi historia y ofreciese mi espada contra el ya declarado común enemigo. Pero en mi primera jornada me alcanzó aquel mismo Aróstegui, que iba en posta á Aragón, y de acuerdo con mi hermano me hizo retroceder á Guadalajara, con la seguridad de que por intercesión de O-Farrill se había suspendido el decreto contra los cuatro oficiales de artillería. Mi hermano escribió á este Ministro de la Guerra, que tuvo la animosa generosidad de mandar un pasaporte, para que por Cádiz viniese á la Habana mi destino, como dije en la introducción de este papel.

Partí por fin, y después de mil trabajos y rodeos para evitar el ejército de Dupont, que marchaba para Andalucía, llegué donde me recibió el frenesí de muchos sevillanos, que sospechaban traidores á cuantos no habían recibido el bautismo político de manos del Padre Gil; y me hallé tan malparado con una columna de matones, que me llevaban y traían al retortero, que hube de consolarme cuando me encerraron en una prisión. Omito mis riesgos y aflicciones posteriores para decir, cortando ya esta larga nota, que pasados algunos días me pusieron en libertad, y el primer uso que hice de ella fué, sin pensar en la Habana, presentarme al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños en Utrera, que me admitió en su ejército; allí meditaba los acertados planes que coronó la victoria de Bailén, y desde entonces seguí continuamente en campaña como oficial de artillería hasta la terminación de la guerra.



Para completar la precedente relación, que debe considerarse como la más clásica y verídica de cuantas puedan escribirse y como la única que debe servir de texto para comenzar la historia de nuestra independencia, nos parece oportuno y digno de la atención de nuestros lectores el siguiente extracto tomado del *Faro Industrial*, de la Habana, del 19 de Noviembre de 1850:

«El 6 del corriente ha fallecido en esta ciudad, su patria, el coronel de caballería D. Rafael de Arango y del Castillo, Caballero de la Orden Militar de San Fernando y con varias distinciones de la guerra de la Independencia; fué hijo del teniente coronel D. Anastasio y de doña Feliciano del Castillo.

Muy temprano escogió la carrera de las armas, trasladándose á la Península, donde entró de cadete en el regimiento infantería de Granada; estudió con grande aprovechamiento en la Academia Militar de Zamora al lado de su hermano D. Andrés; cuando ambos se hallaban de subtenientes del mismo regimiento de Granada, éste pasó al Cuerpo de ingenieros, y nuestro héroe se examinó en Segovia y fué aprobado en clase de teniente de artillería; en esta clase se le destinó á la isla de Cuba, y habiéndose embarcado en la Coruña el año de 1807, fué hecho prisionero por los cruceros enemigos que lo condujeron á Inglaterra; en seguida fué canjeado y se restituyó á la Coruña, donde se hallaba á principios del año de 1808.

Deseoso de abrazar á su hermano el intendente honorario de ejército, D. José, residente entonces en Madrid, vino con licencia á esta capital en los momentos críticos en que se hallaba ocupada por las tropas francesas; y alarmado su patriotismo en aquellos momentos decisivos, aceptó el nombramiento de ayudante de su Cuerpo que le propuso el comandante de artillería de la plaza D. José Navarro Falcón; tan casual incidente proporcionó al joven Arango, que entonces contaba veinte años, el honor de ser uno de los héroes del Dos de Mayo según la descripción sencillísima que acabamos de leer.

Destinado después de aquel acontecimiento al ejército de Andalucía que mandaba el general Castaños, se encontró en la célebre batalla de Bailén, conduciéndole su destino á tomar una parte muy activa en los dos grandes acontecimientos que indudablemente decidieron de la suerte del hombre extraordinario que tenía sojuzgada la Europa.

Desde aquella célebre batalla, Arango no volvió á envainar su espada hasta que el suelo de la Península quedó purgado de la presencia de los invasores. Su vida fué una



cadena no interrumpida de combates, de riesgos y de fatigas; prisionero en la defensa de Madrid en Diciembre de 1808, logró fugarse, se incorpora al ejército del Centro, hallándose en la mayor parte de los hechos de armas gloriosos aunque desgraciados, pero que contuvieron durante un año á los enemigos en su porfiado empeño de invadir las Andalucías.

Vencido nuestro ejército en la aciaga jornada de Ocaña, y ocupada la Mancha por la tercera irrupción de las huestes de Napoleón después de su feliz campaña del Danubio, tuvo nuestro ejército que buscar su salvación en la isla de León, desde cuya línea volvió á tomar la ofensiva, y en todos aquellos hechos de armas casi diarios durante el año de 1811 se encuentra Arango, distinguiéndose en las acciones generales del Portazgo, donde fué herido, y en los del cerro del Puerto Vejer y Pinar de Chiclana, en la cual fué particularmente elogiado por la acertada dirección de los fuegos de la batería que mandaba, según lo acreditan los atestados de los generales más célebres de aquella época.

Después de la batalla de Chiclana, pasó destinado al segundo ejército que mandaba el general Blake y que ocupaba el litoral de Murcia y Valencia.

Al firmarse la paz se encontraba nuestro héroe de capitán graduado de teniente coronel y deteriorada su salud con una vida tan agitada.

En 1820 se le nombró teniente coronel efectivo de caballería, con destino á Guatemala, donde no pudo llegar por los sucesos políticos de aquel país, y cada vez más decaída su salud, pidió y obtuvo su retiro.

Su excesiva modestia puso siempre una decidida resistencia á las insinuaciones de sus amigos, para que ya que no exigiese del Gobierno la recompensa del eminente mérito contraído el Dos de Mayo, publicase á lo menos la historia de los hechos y reclamase la parte que en la corona discernida por la Patria y por el mundo á Daoiz y Velarde pertenecía en justicia al que fué el primero en ocupar el Parque y en hacer frente á los riesgos que allí se acumularon, el primero en prever la necesidad de atacar ó defenderse y preparar los medios, así como fué el último en abandonar aquel teatro de sangre y de gloria. Sus principios severísimos no le ofrecían en la muerte del militar de cualquier modo que ocurriese, y en los peligros á que se exponía, otro mérito que el de un simple deber cumplido. Los peligros y la muerte no eran más á sus ojos que el pago de una contraída deuda de honor, que ningún derecho daba



á otra retribución que á la que resulta de la convicción de haber obrado bien y hacerse digno de los ascensos regulares en su carrera.

Establecido por fin en su patria, se dedicó exclusivamente á la agricultura en una hacienda que había heredado de sus padres, limitando sus relaciones al círculo de su familia y amigos, que admiradores de su instrucción y de su afable y modesto carácter respetaban en él al veterano denodado y al virtuoso patricio. Con la muerte de este militar ha perdido la Nación al último héroe de las glorias del Dos de Mayo en que tanta parte tomó y que indudablemente hubiera quedado sepultado en el olvido si su hijo D. Joaquín, teniente del regimiento de Mallorca, digno sucesor de aquél por su valor acreditado en la última campaña de Cataluña, en la que fué premiado con la cruz de San Fernando, no nos hubiera proporcionado los documentos originales, á presencia de los cuales hemos formado esta sucinta relación.»

## Á LA MEMORIA

DEL CORONEL

### DON RAFAEL DE ARANGO

Héroes de Mayo, si el brillante día  
que de gloria y honor disteis al mundo  
no me escucháis cantar como solía;  
si en el dolor profundo  
que su grandeza sin igual me inspira,  
mi desacorde lira  
unir pretende á vuestro nombre augusto  
la vencedora fama  
del inclito varón, del varón justo  
que vuestra gloria sin cesar reclama,  
no será de vosotros menos digno  
mi generoso intento;  
pero si acaso el inspirado acento  
del cisne peregrino (1)  
de alto renombre y de esforzado aliento

---

(1) D. Nicasio Gallego



me niega mi destino,  
vosotros ¡ay! que en la imperial morada,  
desde el trono de nubes encendido,  
contempláis las miserias de esta nada  
en donde la virtud vive ignorada,  
donde el mérito muere oscurecido,  
prestadme vuestro influjo soberano,  
dad á mi voz el noble poderío  
del genio sobrehumano,  
y alzándose inmortal el canto mío,  
los claros hechos, la virtud gloriosa  
del que fué vuestro hermano,  
y en esa lid heroica y espantosa  
el primero también, hará que el bueno  
de gloria henchido y de entusiasmo lleno  
coloque en vuestro túbulo sagrado.

Vosotros ¡ay! que en las supremas horas  
que á la tormenta popular preceden,  
en esas de venganzas precursoras,  
contra el francés alarde  
le visteis el primero  
blandiendo altivo el vengador acero,  
intrépido Daoiz, bravo Velarde,  
vedle cual vuela á comenzar la obra  
que á vuestros pechos reservara el cielo  
y que hoy su nombre hasta el cenit levanta.  
¡Basta ya de baldón, de injuria tanta!  
Ya ardiendo en ira vengador recobra  
su aliento sin igual el castellano;  
ya en sangre tinta la feroz mirada,  
sigue á la inquieta mano  
de furor sólo y de venganza armada  
y ya como precede al terremoto  
sordo rumor que de pavor nos llena,  
ó cual lejano rebramar del Noto,  
ronco el rugido popular resuena.  
Vano es el declamar, vano es el ruego,  
el popular torrente desbordado  
como el destino incontrastable y ciego  
contra el furor del enemigo fuego  
se lanza desbocado,  
y en vano, en vano contener procuran  
del indómito león la regia saña;  
en vano los traidores aseguran  
que aun puede libre respirar la España  
que á merced de los vándalos se mira.



Ardiendo Arango (1) en generosa ira  
vuela del Parque á la gloriosa arena,  
tumba de buenos y baldón del Sena,  
y respondiendo al belicoso intento  
que sus instintos generosos guía,  
bajo el ronco metal de la armería  
hace temblar el duro pavimento.  
De independencia el corazón sediento,  
las rotas armas con ardor repara,  
acude á la cureña,  
torna los ojos al vendido muro,  
y con valor seguro,  
al aire dando la española enseña:  
«Si este no es mi deber, tranquilo exclama,  
el deber que está escrito en mi conciencia  
y que la Patria sin cesar reclama,  
es luchar por la santa independencia»  
Dijo; y apenas su esforzado acento  
se pierde entre el estrépito violento  
que al ronco grito de exterminio y guerra  
hace temblar la combatida tierra,  
Daoiz (2), blandiendo la inmortal cuchilla,  
grita con voz tronante:  
«Los tiranos atrás, gloria á Castilla.»  
La espada fulminante  
rauda centella en vuestras manos sea.  
No haya tregua ni paz; hasta el amago  
lleve do quier la destrucción y estrago,  
y antes que el brazo, desprendido, inerte  
cansado de matar sangriento expire;  
cubierto ¡oh Dios! ante mis ojos mire  
de enemigos cadáveres el suelo:  
no haya tregua ni paz, á la venganza.  
Antes que al sufrimiento, á la pelea;  
antes que á la coyunda, á la matanza;  
y el nuevo sol alumbre la victoria,  
ó el universo en nuestras tumbas vea

(1) D. Rafael Arango, teniente de artillería y ayudante el día Dos de Mayo, fué el primero que penetró en el Parque y el que mandó poner las piedras á los fusiles y preparar las armas. Poco después llegó Daoiz, tomó el mando y abrió al pueblo las puertas del Parque.

(2) Daoiz, Velarde y varios oficiales llegaron después de Arango, y cuando éste dijo al primero que había preparado todas las armas, Daoiz le contestó sonriéndose: «He ahí el primer contrabando.» En seguida se detuvo un instante pensativo, y tirando del sable se dirigió seguido de todos los oficiales á las puertas del Parque, que franqueó al pueblo, á pesar de los franceses que las guardaban.



cómo se alcanza la española gloria.

No dijo más: la castellana furia  
la voz ahogando en los heroicos pechos,  
ante el baldón de su doblada injuria  
á más que humanos hechos  
contra el poder del vencedor de Jena  
se lanza desenfrenada,  
y en vano con doblados escuadrones  
las espantadas águilas del Sena  
se oponen á las huestes desarmadas,  
que diezman sus legiones  
en cien y cien batallas veteranas.  
En vano de sus triunfos la carrera  
invocan sin cesar, por vez primera,  
vencidas por las huestes castellanas,  
los lauros contra el mundo conquistados  
marchitos en las rocas carpetanas  
cayeron por el suelo destrozados.  
Ya no hay piedad, al vértigo horroroso  
de noble lid y de campal matanza  
sucede el alevoso  
intento de la pérñda asechanza,  
y contra los decretos del destino  
bajo el golpe del bárbaro asesino  
triunfando muere el héroe sevillano.  
Día de execración y oprobio eterno  
para el traidor cobarde,  
y de gloria inmortal para los buenos  
que con Daoiz y el ínclito Velarde  
sellaron con su sangre la victoria.  
Y tú también, de inmarcesible gloria  
la noble frente sin cesar velada,  
ínclito Arango, existes en la historia  
de esa inmortal jornada,  
tú en cuyos brazos reclinó la frente  
moribundo Daoiz; tu augusto nombre  
rodando sin cesar de gente en gente  
llevará hasta los siglos venideros  
la fama de los buenos caballeros.

FRANCISCO ORGAZ.



**A LA MEMORIA DE D. RAFAEL ARANGO,**  
ayudante del Cuerpo de Artillería El Dos de Mayo y compañero  
en el Parque de los inmortales Daoiz y Velarde.

---

Tu cuarto lustro alumbra el Dos de Mayo.,  
Arango, y de valor sublime alarde  
haces, lanzando al opresor el rayo  
del patriótico fuego que en ti arde.  
De guerrero en el Parque noble ensayo  
tuviste con Daoiz y con Velarde,  
y compañero en lid de tanta gloria,  
tu nombre al suyo enlazará la historia.

PASCUAL FERNÁNDEZ BAEZA.

---

**DOS DE MAYO**

---

**A LA MEMORIA DEL CORONEL D. RAFAEL DE ARANGO,**  
ayudante de artillería en aquella jornada.

*Codrús pro patria non timídus mori.*

Alabanza y laurel á los varones  
De vida honrosa y hechos eminentes,  
Timbres de las Naciones  
Y admiración de la futuras gentes,  
Que al recordar su merecida gloria  
Hacen grata y durable su memoria.  
Así tu nombre, Arango esclarecido,  
Perdurable será, porque la historia  
En su libro dorado  
A la posteridad le ha transmitido,  
Y ya está emancipado  
De las oscuras sombras del olvido.  
En el día de espanto,  
De angustias y dolores,  
Que de sangre y de llanto  
Brotaron salpicadas,



Del claro Mayo las hermosas flores;  
Y se vieron transidas y ultrajadas,  
Con bárbara fiera,za,  
Las gracias de la púdica belleza;  
Arango valeroso  
Al frente de sencillos ciudadanos  
Luchó, como lucharon  
Los pechos varoniles y leales,  
No con hombres, con furias infernales,  
Por rechazar el yugo poderoso,  
Que un soldado dichoso  
Destinó con frenética osadía  
A un pueblo belicoso,  
Que nunca conoció la cobardía  
Altivo y confiado  
Mecido en la ilusión de la esperanza,  
Cuando se vió burlado  
Furibundo gritó: muerte y venganza.  
Y aquel coloso de poder, sentado  
En su trono de bélicos trofeos  
Se decía: he triunfado;  
¡Ay del que no se humille á mis deseos!  
¡Insensata jactancia!..  
Que ya se prevenía  
La raza de los héroes de Numancia  
A una tenaz y viva resistencia,  
Para salvar su augusta independencía,  
Sus patrios usos y sus santas leyes  
Y el trono abandonado de sus Reyes.  
Y el monstruo de la guerra,  
Desde el llano á la sierra,  
Desde la sierra al artesón dorado,  
Y desde el campo inculto al cultivado  
Comenzó á vomitar sangre y horrores,  
Ira, furor y desastrosa saña  
Contra los invasores,  
Que osaron como viles y traidores  
Manchar el suelo de la bella España.  
La trompa de la Fama  
A cada triunfo esparce por el viento  
Nombres queridos, y valientes llama  
A los bravos guerreros que vencían;  
Y á los que ardiendo en la sagrada llama  
Del patrio amor luchaban y morían  
Lauros y bendiciones los cubrían,  
Y el ilustre cubano



Que unió su suerte á la del pueblo hispano,  
Más de una vez por inclitas hazañas  
Recibió de Belona

Ya una una palma, un laurel... una corona.

Las águilas del déspota temblaban,

Los galos españoles se batían,

La humanidad y la razón lloraban

Y los estragos de la lid seguían.

Pero sonó la voz altipotente

Del Destino, que dijo conmovido:

Basta de horror, á España la victoria;

Renombre eterno á la española gente,

Y humillado y vencido

El gigante del Sena,

Vaya á dejar su mancillada gloria

En la roca letal de Santa Elena.

Así acabó la lucha portentosa

Que pudiera pasar por fabulosa

En la futura edad; pero la vieron

Hombres, pueblos, Naciones,

Y en los fastos del mundo la escribieron.

En carro de oro con la faz serena,

Y en próspero camino,

Iba España ostentando,

De majestad y de hermosura llena,

«Su cetro de oro y su blasón divino.»

Cuando, súbito, llora y se estremece,

Y su congoja crece...

Porque vió que sus hijos desgraciados

En opuestas banderas se batían

Porque triunfase lo que más querían...

Silencio, lira... quejas al olvido;

Que recuerdos fatales

De dulces bienes y de amargos males

Dejan el corazón más dolorido.

Pero con tono blando,

Que deleite enseñando,

Canta, que en la contienda fraticida,

A riesgo del honor y de la vida,

Del noble Arango defendió la espada

El solio de una Virgen coronada.

Y cuando de la paz brilló el lucero,

Atravesando los cerúleos mares

Se fué á exhalar su aliento postrimero

Al grato asilo de los patrios lares.

¡Ah! si hollara de Cuba las orillas!



Inspirado de un alto pensamiento  
Exclamaría con sentido acento:  
¡Salud, Reina inmortal de las Antillas!,  
Por el sol coronada  
En trono alzado sobre el mar profundo,  
Y joya hermosa para bien guardada  
De la que fué Metrópoli del mundo.  
Déjame que con labio religioso  
Clame: paz y reposo  
A los manes de Arango denodado;  
Y como prendas de dolor, tributen  
En la tumba que guarda sus despojos,  
Flores mis manos, lágrimas mis ojos.

Madrid 24 de Abril de 1853.

ALZAYBAR.

España que abatida  
y en miserable vida  
sufre carga ominosa  
con que el galo feroz gravarla plugo;  
de su ley y poder siendo juguete,  
cansada de sufrir, rompe animosa  
tan férreo y torpe yugo  
y al infame invasor fiera acomete.  
A los gritos de guerra  
retiembla ya la tierra  
y del preñado bronce el eco zumba;  
blandiendo sable y lanza  
en terrible matanza  
el águila rapante se derrumba.  
Sangre, rabia, furor, alienta el pecho;  
no hay español que su rencor profundo  
encuentre satisfecho:  
quién empuña el fusil y quién la espada,  
quién leal sin segundo  
por Patria tan amada  
ansía de cualquier suerte,  
hallar luchando «Libertad ó muerte».  
¡Oh tú, Arango animoso,  
hijo de Macacar esclarecida!,  
tú hollaste la atrevida  
tropa soberbia del varón coloso,  
que quiso domeñar la altiva frente



de Mantua que, gozando  
de la paz y su dicha regalada,  
fué sin sentir postrando  
á tan manera gente  
su enherguida cerviz bajo su espada.  
Con belígero arrojo  
de Velarde y Daoiz fiel compañero,  
tu ardiente corazón venganza clama:  
truená el cañón certero,  
y con rápido enojo  
terrible muerte por doquier derrama.  
El agudo clarín vibra sonoro,  
de su letargo el español despierta,  
y el arado trocando por la lanza,  
á la aguerrida hueste se abalanza  
en desigual reyerta,  
de rabia henchido cual rugiente toro;  
como león que en la abrasada arena  
al gladiador divisa prevenido,  
le observa mesurado  
da un fuerte resoplido,  
sacude su melena  
y de esperar cansado,  
entre nube de polvo que levanta  
del gladiador desgarrá la garganta.  
A tu grito, la guerra  
se enciende por doquier enfurecida;  
por cada labrador, brota la tierra  
un armado guerrero,  
que ofreciendo su vida  
por tamaño baldón y gran ultraje,  
jura vengar sincero  
tanta ofensa con bélico coraje.  
¡Ay! si en conquistar te places  
soldado de ventura,  
en España hallarás la sepultura  
cabe la huesa de tus recias haces;  
míralas sucumbir: escrito llevan  
sobre su osada é inmarcesible frente  
Lodi, Jena, Austerlitz, signo reciente  
de esas batallas que denuedo prueban;  
míralas sucumbir: ve á tus legiones  
diezmadas por indómitos varones.

FELIPE TRIGO GÁLVEZ.



















Ayuntamiento de Madrid